

Entrevista a José Antonio Pérez Islas

José Antonio Pérez Islas es Magister en Sociología por la Universidad Iberoamericana y posee una especialización en Políticas de Juventud de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Es investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha publicado múltiples trabajos sobre el sector juvenil y sobre políticas públicas. Entre las recientes publicaciones se cuentan el libro *Teorías sobre la Juventud. La mirada de los Clásicos* (UNAM- Porrúa. México, 2008) y *Jóvenes Universitarios en Latinoamérica hoy* (UNAM-Porrúa. México, 2008) coordinados conjuntamente con Ma. Herlinda Suárez.

Los jóvenes, en otras épocas, estuvieron ligados al cambio o transformación social, a la participación política. ¿Cómo ubicaría hoy a los jóvenes en la política?

—Lo primero que habría que hacer es una distinción entre lo que podríamos llamar la política formal, es decir, la relacionada con las asociaciones y/o partidos políticos, con las cuestiones electorales o con las acciones gubernamentales que, quizá con excepción de los comicios electorales que siguen convocando a los jóvenes de cuando en cuando, el resto poco le dice a las nuevas generaciones, porque insisten en sus viejos y gastados discursos, porque nunca cumplen sus promesas de campaña o porque están llenos de acuerdos oscuros o relaciones vinculadas con la corrupción. Se puede decir que estamos ante una constante de este tipo de extrañamientos juveniles en toda América Latina, aunque habría que poner entre paréntesis los contextos venezolano, boliviano y cubano, donde hay un vínculo más tradicional, donde persiste, según algunos, una visión utilitarista de los movimientos juveniles. Esa parte formal de la política, me parece, cada vez se aleja más de los horizontes y perspectivas de interés de los jóvenes en nuestro continente.

Por el otro lado, está el lugar de la política como espacio de encuentro, de acuerdos, de acciones con otros que pueden o no compartir mis perspectivas, pero que se busca “hacer algo”, sea en el ámbito cultural, el medio ambiental, el de solidaridad, etc. Ahí suceden cosas interesantes en torno a las manifestaciones o al trabajo que se hace desde

y con los jóvenes. Esto pasa por este interés más por lo local que se combina con la preocupación por el entorno o el contexto más amplio o virtual, por esa constitución de identidades no territorializadas pero que implica el encuentro en zonas concretas, con temáticas específicas, sean virtuales o mundializadas. El más claro ejemplo de este interés, su mejor manifestación, son los movimientos globalizados, que algunos llaman altermundistas y otros globalifóbicos, que de esto último no tienen nada porque su acción está totalmente vinculada a lo mundial, ya que finalmente están preocupados por temas comunes a nivel de aldea global. Es un asunto muy interesante porque estamos ante posibilidades renovadas de la incidencia del trabajo juvenil en diversas áreas con verdaderos impactos, aunque sea a nivel de opinión pública. Si articulamos esto con los eventos locales, culturales, que la mayoría de las veces tienen una profunda carga política, me parece que estamos ante nuevas vertientes de la participación política ampliada de los jóvenes. Esos serían los dos campos que veo en torno a los jóvenes y la política.

No hay sectores que intervengan desde los partidos políticos o la política institucionalizada...

—Obviamente, siempre hay sectores que están vinculados a las instituciones políticas formales, cada vez menos como militantes y más como simpatizantes, pero me parece que en términos relativos es una proporción muy menor, lo cual no significa que tengan menos acceso al poder o a la toma de decisiones, a veces es inversamente proporcional. Pero, pensando en el impacto que tiene en las preocupaciones o cotidianidades juveniles, creo que cada vez se alejan más.

No obstante, podemos hablar de expresiones culturales juveniles de oposición a lo hegemónico...

—Yo no sé si se podría hablar en sentido estricto de expresiones de oposición explícita, porque eso hablaría de un interés por el tema y de una estrategia explícita de contraofensiva; el más claro ejemplo de esto y que todavía no lo vemos en su máxima expresión son los movimientos en torno al voto nulo o el voto en blanco, que, si bien hay una acción de oposición al estado actual de los comicios electorales, es una búsqueda de descentramiento de esa política formal que ya no funciona en beneficio de

la mayoría de la sociedad, y que, no obstante su contenido eminentemente político, es un movimiento que, cuando menos hasta el momento, se queda en el rechazo a lo instituido, pero sin una alternativa concreta; aunque quizá aquí radica su atractivo. Cuando menos en México, y creo que en otras partes es similar, empezó a estar presente en las elecciones formales más recientes, pero sólo a manera de desdén a la política formal.

Y yo diría que esta actitud se contagia o se extiende hacia la política pública gubernamental que cada vez tiene menos impacto en el trabajo con los jóvenes; contrariamente con lo que veíamos al inicio del milenio, hace diez años, cuando la institucionalidad gubernamental dedicada a los jóvenes parecía que venía con un renacimiento interesante. En cambio, en la actualidad, la institucionalidad juvenil está prácticamente desaparecida. Si hacemos una revisión de los institutos de juventud en América Latina, como quiera que se llamen, son instancias muy débiles, con un trabajo con los jóvenes irrelevante por sus presupuestos y por la incidencia política que tienen. Este es otro tema de esta política formal, que ya no se engarza con los jóvenes.

¿En qué sentido deberían pensarse las políticas públicas destinadas a los diferentes jóvenes desde su punto de vista?

—Yo creo que las políticas públicas en su sentido más extenso y actual es un concepto que se extiende cada vez más. Es una noción renovada en los temas de gobernanza donde la participación social es muy importante en materia de presupuesto y demás decisiones. La misma incidencia de políticas sociales instrumentadas desde las organizaciones sociales de la sociedad civil, aunque acotadas en lo territorial, muestran novedosas metodologías, etcétera. Pero en el tema de las políticas públicas juveniles se presentan retrocesos radicales. Uno es esta baja incidencia de las políticas sociales que provienen de los gobiernos. Como era de esperarse, la última crisis económica ha tenido un impacto en las políticas sociales gubernamentales. Y dentro de estas, unas de las primeras que se abandonan como tales son las políticas de jóvenes. No hay en este momento en ningún lugar del continente una política pública destinada a jóvenes que se pueda decir que es importante. Esto es, con un destino claro a la población joven como lo fue hace diez años, con objetivos explícitos, donde hubo un florecimiento en los aspectos de empleo o de participación comunitaria, o de construcción de la ciudadanía, etcétera. Me parece que ahora esa política social está empequeñecida como lo ha hecho

la política social en general de esta crisis. A cambio, ha florecido una nueva política que tiene una perspectiva punitiva en torno a los jóvenes, que ve en el sector juvenil uno de los grupos “peligrosos” de la sociedad. Y, por lo tanto, todas esas políticas de mano dura, super dura, de persecución, donde sólo predomina el enfoque policial, que ya son tradicionales en algunos países, ahora se están extendiendo en nuestro continente en nuevos ámbitos como las escuelas, por ejemplo.

En el contexto de este panorama, las políticas de juventud, creo, deberían plantearse como una reconceptualización hacia nuevos topos y manifestaciones de este siglo. En la actualidad, muchas de las políticas sociales que se están elaborando en torno a los jóvenes tienen todavía un resabio de la visión del siglo XX que fundamentalmente tuvo un enfoque muy sectorial. Se hablaba de las políticas de salud y los jóvenes, la educación y los jóvenes, la cultura y la juventud. Me parece que esto todavía no se ha podido abandonar, a pesar de que estamos en contextos totalmente diferentes.

Entonces, esas políticas públicas se siguen pensando con este retraso conceptual. Este rezago implica no entender las nuevas condiciones y manifestaciones de los jóvenes, donde hay que incidir con otras políticas públicas. Así, deberíamos primero cambiar por un enfoque mucho más complejo de la realidad, donde ya no podemos hablar de un solo tema tomando un solo aspecto. Y, por otra, tendríamos que enfocarnos en manifestaciones concretas. Por ejemplo, habría que considerar que uno de los aspectos de la política de juventud que debería estar presente es el tema de la migración, los efectos que esta produce, no sólo en los países de llegada, sino también en las regiones expulsoras. El tema juvenil en este fenómeno se convierte en central por la cantidad de población joven que está involucrada en este proceso, pero también por las implicaciones cualitativas que tiene sobre las sociedades que sus jóvenes emigren. Así, tenemos que estas poblaciones que se mueven han incrementado su nivel de escolaridad, por lo tanto llegan con mejor capacitación y conocimientos a las zonas de destino y al mismo tiempo “descubren” sus lugares de origen. El asunto de la escolaridad es una renovación. Otro elemento a tener en cuenta es que en muchos de estos movimientos ya están colocadas mujeres jóvenes, lo cual modifica culturas, familias, perspectivas. En este sentido, el tema migratorio, que no sólo es un tema de empleo, sino un tema de derechos humanos, de ciudadanía, está vinculado con asuntos de vivienda y de educación. Es decir, requiere un enfoque de política juvenil que debería estar pensando de manera integral y específica. ¿Algún instituto de la juventud

está haciendo algo en este sentido? Es más, ¿algún gobierno está pensando este fenómeno social como un tema juvenil?...

Otro asunto que me parece también fundamental es el tema de lo que se ha llamado la emancipación juvenil. Este es un proceso que antes era claramente transitorio en el peor sentido de la palabra. La sociedad y las familias formaban a los niños y jóvenes para convertirlos en adultos y se pensaba que “mientras aprendían” o “mientras adquirían experiencia” era aceptable que tuvieran bajos salarios, que su empleo fuera inestable, que no tuvieran las debidas prestaciones, etcétera; total, cuando crecieran, esto cambiaría... Sin embargo, ahora es un proceso que se ha detenido. Los jóvenes se quedan mucho más tiempo en la casa y sus opciones de trabajo, digo yo, ya no se pueden entender como una forma de inserción laboral, porque habrá casos que nunca se inserten de verdad al mercado laboral, sino que serán como intermitencias, una colega dice “como pulsos”. Son como posiciones laborales intermitentes, que pueden durar tres o seis meses y después quedarse sin trabajo el mismo lapso, y cuando vuelven será en otra ocupación totalmente distinta a la anterior para lo cual la experiencia adquirida no les sirve de nada. Este es el proceso de emancipación que se está modificando radicalmente. Y ahí habría que pensar en políticas de juventud, dirigidas integralmente, por ejemplo, a la institución familiar que también se ha transformado profundamente, que a pesar de todos los intentos conservadores, de “defensa de LA familia (con mayúsculas)”, es una estructura muy flexible que se ha ido adaptando a las nuevas necesidades. Las familias se convierten ahora en la única institución, que sirve de colchón para la inoperancia de las otras instituciones. En este sentido, una política para jóvenes debería estar pensando en otras cosas que hacer concursos o conciertos de música. ¿Qué harán las familias sosteniendo a sus hijos hasta los 35 o 40 años? ¿Qué sucederá cuando los adultos pasen a la tercera edad y sus hijos nunca hayan tenido una ocupación medianamente estable? Empezamos a ver en algunos sectores que estas incertidumbres están provocando verdaderos retrocesos en los niveles de calidad de vida de familias enteras, y estas cosas hay que enfrentarlas de manera puntual y a la vez integral. Por eso hay que darle una vuelta total a los enfoques de políticas de juventud.

En alguna oportunidad se refirió al sentido presentista de la vida entre los jóvenes. ¿Cree que esa característica está presente en todas las clases sociales?

–Creo que el sentido presentista se refiere a que el horizonte de futuro se les ha acercado demasiado a los jóvenes en relación con lo que sucedía con generaciones anteriores, que tenían oportunidad de soñar el futuro. Me parece que el “por-venir”, usando una construcción muy derridiana, de los jóvenes está muy cercano al día de hoy, porque no viene nada como expectativa. Cuando hemos realizado investigaciones y preguntamos a los jóvenes cómo ven su futuro en cinco o diez años, no saben cómo estarán ni se lo imaginan. En ocasiones, con mucho trabajo piensan lo que estarán haciendo la próxima semana, porque “no tengo ni ocupación, ni ingresos, ni vivienda estables...”.

Este sentido presentista es un componente que ha modificado las capacidades de las nuevas generaciones, en el sentido positivo y negativo. En el sentido negativo, porque esta posibilidad de no imaginar futuro es bastante complicada como construcción de proyecto de vida. Pero también esta nueva generación tiene cualidades y habilidades distintas a las generaciones anteriores, porque finalmente ellos han estado inmersos en este cambio permanente de condiciones y de posibilidades, lo que les otorga nuevas capacidades y cualidades a las nuevas generaciones para adaptarse rápidamente y tener elementos para enfrentar situaciones inesperadas.

Me parece que hay una nueva manera de ver el mundo que está atravesada por las contradicciones de clase; donde se reúnen las antiguas desigualdades (pobreza, ingreso, escolaridad, empleo, etcétera) con nuevas, las cuales se producen dentro de las mismas categorías sociales. De esta manera, vemos que entre los universitarios, a los que de alguna forma les iba mejor en el mercado de trabajo, ahora encontramos profesionistas que tampoco tienen una ocupación o que pueden estar ganando una miseria al lado de otros a los que les va mejor.

De esta manera, a pesar de que existe y persiste la importancia de la educación, este deseo de aumentar la escolaridad pasa menos por un asunto de utilidad y más se refugia en un asunto de prestigio y reconocimiento social: no importa para qué sirve, pero hay que tenerlo. Este es uno de los ejemplos más claros de este presentismo. Los jóvenes se quedan en la escuela no porque piensen que les vaya a servir para un futuro, sino – estamos haciendo ahora una investigación sobre el tema– por otros motivos. Algunas jóvenes dicen estar en la escuela porque les permite no estar en la casa y, por lo tanto, no estar haciendo labores domésticas o cuidando a los hermanitos, o, simplemente, para no estar aguantando a la mamá o al papá o a los abuelos. Tiene otro sentido estar en la escuela, porque ahí se encuentran los/as amigos/as o los grupos de pares para

interactuar, ahí se van a hacer lazos y enlaces, que, si bien siempre ha sido así, ahora ocupa un lugar central.

Supongo también que este sentido presentista tiene que ver con otras situaciones o condiciones. Por ejemplo, el asunto del narcotráfico, donde el tema de la duración de la vida está ligado a la incertidumbre. El futuro se agota a la vuelta de la esquina, y contraparafraseando a Antonio Machado podríamos decir que para ellos: *la vida es corta y además no importa*; y si lo juvenil tuvo su transformación fundamental con el crecimiento de la expectativa de vida que se dio durante el siglo XX, ahora se ha transformado de nuevo, cuando se reduce la expectativa de vida dados los altos niveles de violencia, de incertidumbre e inseguridad pública, lo que genera que para los jóvenes lo único real y concreto sea el presente, porque del pasado ni se acuerdan y el futuro ni lo piensan; no saben si van a vivir mañana, y esto, creo, está vinculado no sólo con sectores pauperizados, sino aún en sectores a los que antes no les llegaba este tipo de situaciones.

En una de las investigaciones que realizamos, conversábamos con maestros de educación media superior en México (de muchachos pre-universitarios), sobre todo en la zona de frontera con Estados Unidos. Nos decían que era muy común que algunos jóvenes desaparecieran desde dos semanas a tres meses, y que todo el mundo sabía a dónde se iban. Volvían después de ese tiempo con buena ropa, autos..., es decir, trabajaban de *camellos*, transportistas de drogas. Yo les preguntaba entonces para qué seguían estudiando si su vínculo con ese tipo de actividades les aseguraba, cuando menos en lo inmediato, un buen vivir, y respondían los maestros que la credencial de estudiante era muy valiosa porque les quitaba el estigma de ser muchachos que no hacían nada, e identificarlos como estudiantes los convertía automáticamente en “buenos muchachos”. Y así es, la percepción del joven estudiante es por lo general de un muchacho que estudia, con una valoración distinta del que no, que tiene una carga social negativa. En este sentido, sectores juveniles que no se vinculaban con ese tipo de cosas ahora lo hacen. Porque estamos hablando de jóvenes con educación media superior o universitaria que están vinculados al narcotráfico como una opción de vida. Es una opción cercana de un mercado de trabajo disponible para ellos, y para algunos es quizás la única a la que tendrán acceso a pesar de los riesgos.

El tema del riesgo, por otro lado, es un tema cultural y vinculado con la edad. La percepción del riesgo es diferente cuando hay jóvenes que han crecido en ese contexto. En algunos casos, ya es la tercera generación que ha crecido en este ambiente, por lo

cual se vuelve más natural. En este sentido, el futuro sólo está vinculado con el próximo viaje/transportación que van a hacer. Y esto, creo, no sólo está vinculado con la pobreza, sino con una opción de mercado de trabajo, de prestigio, de valoración.

De alguna manera, en lo que está diciendo, la educación aparece con menos peso que la socialización entre los jóvenes en relación con la proyección del futuro.

–El tema educativo, si bien sigue siendo un eje de las preocupaciones en la mayoría de los sectores, a mi parecer da cada vez menos en los extremos de la segmentación social. Los jóvenes pauperizados no le encuentran sentido a estar en la escuela más que, como vimos antes, por lo que les permite hacer en otras esferas; mientras que los jóvenes de los sectores altos se están desvinculando del asunto educativo, pues tienen su futuro asegurado y eso implica que no necesitan de la escuela, sino más bien experimentar otras cosas. Esos dos extremos, los jóvenes de los sectores muy bajos y muy altos, creo, son los más desilusionados y desafectados de la escuela. El resto de la sociedad sigue pensando que la educación es un elemento central en su formación y sus posibilidades de futuro. Esto, a pesar de que saben que no les va a servir como seguro de nada llegar a la educación superior.

No obstante, sigue en pie una valoración desde aspectos del proyecto moderno...

–Definitivamente. Sigue siendo un elemento muy importante, cuando menos en la construcción de ciertas trayectorias de vida de los/as jóvenes. Aunque un aspecto nuevo en relación con esto es la diferenciación de género. Vemos que los estudios superiores se están feminizando, pero si revisamos las tendencias de las matriculas de la instrucción en general, vemos que, a pesar de que las mujeres siguen en desventaja de acceso y permanencia en la escuela todavía, la distancia entre hombres y mujeres jóvenes se va reduciendo. Contrariamente a lo que sucedía en las trayectorias de hace diez años, donde en algunos sectores todavía estaba presente esta idea de para qué estudiaban las mujeres si se iban a casar; ahora se ha transformado y vemos que, con estas últimas crisis, quienes están abandonando la escuela son los varones. Las que se quedan en las aulas son las mujeres. Esto, a largo plazo, puede generar una transformación radical en muchas cosas, empezando por las relaciones de pareja.

El tema de Ciudad Juárez en la frontera entre México y Estados Unidos, ya famosa por desgracia debido a las mujeres jóvenes que aparecieron asesinadas hace años, ahora vuelve a ser noticia porque hace poco hubo otra matanza de jóvenes que estaban en una fiesta privada en su casa y fueron ametrallados. Sólo festejaban los quince años de una de ellas, y llegaron otros y los balacearon. Lo primero que dijo el presidente Felipe Calderón fue que seguro se trató de un ajuste de cuentas entre narcotraficantes; pero en realidad eran muchachos preparatorianos, pre-universitarios, que estaban en una fiesta familiar. Con lo cual se muestra que, si ya no pueden ir a los bares o discotecas porque es muy peligroso en esa ciudad, ahora tampoco pueden divertirse en una casa, porque también los matan. Mientras que el gobierno, para lavarse las manos y evadir su responsabilidad, lo atribuye simplemente a la delincuencia organizada.

Una de las cosas que precisamente llaman la atención en Ciudad Juárez, región de grandes maquiladoras, muy importante hace diez años, es que al analizar las tasas de desempleo juvenil por sexo, la desocupación femenina es cero, mientras que desempleo juvenil masculino es altísimo, consecuencia de que las maquilas emplean fundamentalmente a jóvenes mujeres. En este contexto, mi hipótesis es que la agresión a las mujeres se relaciona con la transformación social que esto generó. Los sábados en las maquilas es día de pago. Entonces, uno ve en las salidas de las fábricas, recargados en las paredes del frente, a grupos de jóvenes que esperan que sus parejas salgan del día de pago. En algunos casos se puede ver que las muchachas salen y en seguida les entregan a ellos el sobre con el pago. Pero, independientemente del enfoque de género a que sometamos esta situación, hay algo que estamos olvidando y es que a todos estos jóvenes varones, desde que eran niños, se les dijo que ellos iban a ser los proveedores, los jefes de hogar, e iban a llevar el dinero a la casa. Pero, llegado ese momento, no lo pueden hacer porque no tienen empleo y, por lo tanto, dinero; mientras que quienes tienen el dinero y la ocupación son las mujeres. Por lo que se puede prever que hay una gran frustración en el sector masculino joven porque no están cumpliendo lo que se les dijo que tenían que cumplir. Y, a pesar de todos los avances que han hecho las mujeres, los varones seguimos teniendo una cierta primacía en el uso de la fuerza física, por lo que, en este contexto de frustración, los sectores masculinos juveniles pueden percibir que el único elemento que les queda para mostrar el dominio sobre las mujeres está precisamente en el uso de esta fuerza. De ahí viene todo este contexto de violencia en esa zona fronteriza mexicana. Estamos generando una gran frustración en los jóvenes varones que encuentran como su única manifestación de resistencia la agresión física.

Así, las políticas públicas deben tener en cuenta esto: los efectos de las transformaciones sociales donde hay un sector masculino muy frustrado. El asunto de la masculinidad está muy difuso, por lo que habría que preguntarse: ¿qué significa ser varón en esta sociedad?

Volviendo a la política y la participación social, ¿cómo podemos imaginar que estas generaciones sean las protagonistas del sistema político con tanto desdén hacia la participación política?

—Puede tener varios aspectos, si tomamos algunos datos. Por un lado, algo que ya se ha dicho muchas veces, una vuelta a lo individual, aunque me parece que en los países latinoamericanos no se vuelve a lo individual de la misma manera como sucede en los países europeos o en Estados Unidos, que es un individualismo recortado de lo social. En nuestros países, esta vuelta pasa por estructuras comunitarias. Somos sociedades donde el tema comunitario sigue siendo importante en las tomas de decisiones. Este es un elemento que transforma las estructuras de participación. Por ejemplo, el tema religioso puede ser un canal de participación muy importante. De hecho, desde las comunidades eclesiales de base de los años ochenta, la participación de los jóvenes en este campo fue trascendental; aunque sin esa parte crítica, que fue la teología de la liberación, ahora me parece que hay un elemento que está vinculado con lo mágico, y ante la incertidumbre que representa la experiencia cotidiana cuando el mundo se mueve, diría Mafalda, *hay que agarrarse de algo fijo*, y ahí la religión se vuelve importante. El gran crecimiento de lo que se llaman sectas o nuevas iglesias puede ser una muestra de esta implosión o participación que, finalmente, también es política, la califiquemos positiva o negativamente. En México y en Centroamérica, hay acontecimientos donde la transformación de las profesiones de fe han quebrado y enfrentado entre sí a comunidades rurales. El tema religioso está en la base de los conflictos regionales más importantes del nuevo siglo, y los jóvenes son un sector directamente involucrado.

La otra perspectiva es la de los movimientos más vinculados a lo cultural o al uso de las tecnologías. Por ejemplo, la famosa anécdota del movimiento de los “pingüinos” (estudiantes de secundaria) en Chile de hace algunos años, cuando, mientras celebraban acuerdos con el Ministerio de Educación, pidieron consultar a la base antes de responder, entonces, sacaron su teléfono móvil y enviaron un mensaje que casi

inmediatamente empezó a ser contestado por todos los demás participantes del movimiento. En mi generación, consultar a la base era organizar asambleas interminables... Como vemos, las tecnologías también modifican la participación política. El movimiento del voto en blanco es otro ejemplo; se produjo, cuando menos en México, reuniendo los dos elementos: lo virtual y lo juvenil. Otro aspecto es el tema global, donde la participación por asuntos medioambientales es un tema que importa y preocupa sobremanera a las nuevas generaciones. Son, en síntesis, formas de participación que, por lo general, la política formal desconoce.

Los temas del siglo XXI en torno a lo juvenil han cambiado radicalmente. Y han cambiado porque lo político no es lo que tradicionalmente considerábamos político en sentido estricto. Temas como el narcotráfico, la violencia o la delincuencia organizada no pasan sólo por temas policíacos, sino que tienen que ver con mercados de trabajo, con culturas, con sentir que existe un sentido como miembros de una comunidad, así sea delincuencial. Tenemos un mundo diferente.

Pero los ámbitos de decisión política hoy siguen siendo los mismos de tiempos pasados...

—Por desgracia sí, pero creo que también empiezan a pasar por otros lados. Y aquí hay que hacer una distinción entre riesgo y peligro. Peligro es una situación en la que no puedes intervenir, sucede de repente, puede ser decisión de otro y pocas veces lo puedes prever. El riesgo, en cambio, es una decisión que tú tomas consiente o inconscientemente, informado o no, es un elemento que olvidamos. Así que, en lugar de que las políticas públicas intenten “proteger a los jóvenes”, resabio del enfoque de las políticas infantiles, las nuevas generaciones deberían estar educadas en el riesgo. Con los jóvenes, esa protección se debe transformar en participación a partir de una formación para asumir riesgos. Lo que deberíamos estar haciendo los adultos es educando en el riesgo y no protegiendo. En esta vida todo es así. Enamorarse es un riesgo, pero es un riesgo que hay que tomar para poder disfrutar todo lo que significa eso.

La sociedad está construida bajo un sistema de riesgos. Debemos formar para tomar decisiones propias, individuales y colectivas, responsables o arriesgadas, pero tomar decisiones es central y ahí empezaríamos a quitarles el poder a los que siempre han tomado decisiones por nosotros y han convertido el riesgo en peligro, porque no

participamos en esas tomas de decisión. Creo que, nos guste o no a los adultos, las nuevas generaciones tienen que tomar riesgos, pero como tales y no como peligros. En ese sentido, ellos deben estar involucrados con las decisiones que los afectan. Si no participan en esa construcción de condiciones nuevas para ellos, sólo es peligro porque nunca tuvieron oportunidad de decidir por eso. Quizá aquí radique lo central de la nueva política...